

DE ESO NO SE HABLA. CUESTIONES METODOLÓGICAS SOBRE LOS LÍMITES Y EL SILENCIO EN ENTREVISTAS A FAMILIARES DE DESAPARECIDOS POLÍTICOS

Ludmila da Silva Catela

69

La entrevista genera una relación de confianza basada en los lazos establecidos entre el que habla y quien escucha. Esto se acentúa cuando el ámbito de la entrevista es el espacio privado. La privacidad, marcada por las nociones de casa, interior y familia, donde lo dicho discurre fuera de los peligros de la publicidad, dominada por las nociones de calle, exterior y comunidad, impone un complejo de oposiciones significativas. Esta confianza puede estar basada en diversos elementos que van desde la amistad y la empatía, a los vínculos formales o de compromiso entre las personas involucradas. En la esfera privada, los intercambios lingüísticos tienen consecuencias muy diferentes a los de la pública (Boltanski 1990, Bourdieu 1996). Sin embargo, en la medida en que las fronteras entre lo privado y lo público son fluidas e inestables, las diferentes modalidades de interacción personalizada, generadas en el interior de la casa, son transformadas cuando se plantea la posibilidad de que "lo dicho" sea difundido a través de la escritura académica. No todo lo que se comunicó en la entrevista puede quebrar esa frontera cultural. Este problema se evidencia en toda su complejidad cuando los testimonios están relacionados con situaciones límite nacidas de la violencia política.

Partiendo de un corpus de entrevistas¹ realizadas con familiares de desaparecidos políticos de la última dictadura militar argentina (1976-1983),² en este trabajo me

1. De las 30 entrevistas realizadas a familiares, 26 fueron a mujeres (12 madres, 3 hermanas, 4 esposas, 6 hijas) y 4 a hombres (1 padre, 3 hijos, 1 hermano). La mayor parte (24) fueron realizadas en los domicilios de los familiares, 3 en lugares elegidos por mí y 3 en la Casa de las Madres de Plaza de Mayo-La Plata. Las entrevistas formaron parte de una serie de materiales recolectados durante el trabajo de campo para la realización de mi tesis doctoral, Catela (1999).

2. Durante ese período desaparecieron en Argentina entre 10.000 (datos oficiales) y 30.000 personas (datos de las organizaciones de derechos humanos). Los individuos eran secuestrados en sus hogares, en la calle o en sus lugares de trabajos. Luego eran llevados a los Centros Clandestinos de Detención donde pasaban por largas sesiones de tortura y en la mayoría de los casos, posteriormente, se les hacía "desaparecer". La desaparición como metodología sistemática del Estado represor se llevaba a cabo tirando los prisioneros al mar o sepultándolos en tumbas anónimas.

interesa analizar cómo muchos de los silencios y de los límites en los relatos sobre lo sucedido se relacionan con las diferentes generaciones que “hablan sobre el tema”, con las versiones públicas de los hechos, con las voces legitimadas, con los grupos de pertenencia y, esencialmente, con los afectos y emociones que provoca en el entorno familiar la propia entrevista. Este trabajo trazará algunas líneas de reflexión sobre las zonas y fronteras de los silencios y los límites auto-impuestos por los entrevistados, una vez que acceden al testimonio transscrito, objetivado en el papel.

Este recorte permite reflexionar sobre un campo donde “lo no dicho”, lo “censurado”, lo “corregido” están íntimamente ligados a la significación que toma el hecho del paso de la palabra privada al mundo de lo público, donde los condicionamientos sociales, culturales y políticos atraviesan la expresión de las historias singulares y de sus identidades.

CAMINOS Y TIEMPOS DE UNA INVESTIGACIÓN SOBRE SITUACIÓN LÍMITE

Las condiciones de recolección de los relatos, así como la situación de la palabra dotada de propiedades específicas, reactiva una propiedad particular de la identidad y se envuelve en un juego singular del lenguaje, marcado por una relación de confianza negociada y frágil (Guber 1996; Robben 1995). La indicación personal como metodología central para acceder a la red de personas entrevistadas, permitió inaugurar un prolongado trabajo de campo. Las primeras entrevistas fueron realizadas gracias a la mediación de personas ligadas afectivamente a mí. Sin embargo, los entrevistados no tenían ningún tipo de relación inicial conmigo; eran desconocidos, según un criterio elegido estratégicamente.

La construcción de las redes de confianza, empieza en el mismo acto de presentación ante cada persona que va a ser entrevistada. La indicación por parte de alguien clasifica la interacción en una serie de categorías como “amigo”, “compañero” o simplemente “conocido”, según las diversas clases de afinidades en juego: participantes de un mismo partido político, vecinos, familiares, personas en las que se confía por compartir la fatalidad de la desaparición de un familiar, etc.

En los contactos previos a la entrevista, la gente primero me preguntaba quién me había dado su nombre y su número telefónico. Si expresaba una referencia “fuerte” (amigo, pariente, familiar de desaparecido...) la aceptación era inmediata. Una vez enunciado el nombre del intermediario, la conversación seguía con comentarios positivos sobre el mismo. Si el vínculo era “débil” (por ejemplo alguien que lo conocía pero no tenía una relación muy fuerte) generalmente se iniciaba una indagación sobre quién era yo, qué quería, etc., o simplemente culminaba en una negativa a acceder a la entrevista. En muchos casos me sugerían que me dirigiera a los organismos de derechos humanos; en otros, que rechazaron inicialmente la propuesta de entrevista, luego pude acceder fácilmente por otras vías “fuertes”, y conseguí establecer contacto. En ciertas ocasiones el primer encuentro fue en un lugar público y sólo después de conocerlos personalmente la entrevista prosperó.

Así en un medio donde la desconfianza, el miedo, pero fundamentalmente el uso que puede llegar a hacerse de una entrevista están presentes, el sólo hecho de nombrar a personas del mundo del entrevistado marcan una diferencia notoria en el primer contacto. Otros factores ayudaron a que las entrevistas fueran “exitosas”. Por un lado mi edad, que impedía cualquier asociación “negativa” con “la época de la dictadura” y también convocaba entusiasmo por el hecho de que una joven se interesara por el tema. Por otro lado, es fundamental considerar que entré “en el campo” en un momento “fértil”, donde el “problema social” había adquirido una nueva potencia y luminosidad: 1995 y 1996 funcionaron como fluido para licuar un nuevo estado de la cuestión sobre los desaparecidos. En 1995 ex-torturadores confesaron públicamente cómo mataban y se deshacían de los secuestrados. Por otro lado aparecieron en escena los hijos de los desaparecidos, que aportaron testimonios y sensibilidades inéditos. El clima se propició con la identificación de varios casos de hijos apropiados por militares,³ y el reconocimiento público por parte de la cúpula de las fuerzas armadas de que se habían cometido “errores y horrores”. Tampoco debe obviarse el hecho de que en 1996 se cumplieron 20 años del golpe militar y el mes de marzo concentró energías y actividades que culminaron en un 24 de marzo durante el cual se expresaron algunas de las manifestaciones públicas más intensas de la historia política argentina.⁴

LAS GENERACIONES Y LOS SILENCIOS

En 1999, dos años después de haber realizado las entrevistas, volví a encontrarme con los familiares de desaparecidos. Tenía dos objetivos muy concretos: conversar con los entrevistados sobre las condiciones de donación de la entrevista, después de haberles entregado la copia en papel, y consultarles respecto al uso de sus nombres reales. Esta experiencia de reencuentro fue movilizadora por el afecto y entusiasmo de las personas, asombradas de que les hubiera llevado la entrevista y de haber colaborado a construir así un lazo de reciprocidad, inaugurado con las largas horas dedicadas a darme sus testimonios. Respecto al uso de sus nombres reales, todos aceptaron salvo en un caso, remarcando que esta actitud representaba otra forma de denuncia sobre la desaparición de sus seres queridos.

Lo más llamativo de ese momento del trabajo de campo estuvo vinculado a los cambios en las entrevistas. Luego de haber enfrentado sus palabras transcritas en

3. Durante la dictadura militar por lo menos 500 bebés fueron apropiados-robados por militares o amigos de éstos. Los bebés nacían durante el cautiverio de sus madres o eran secuestrados junto a éstas. Luego eran substraídos y “adoptados” ilegalmente por parejas (de militares o amigos de éstos) que generalmente no podían tener hijos. Las madres biológicas luego eran, en su gran mayoría, asesinadas y hechas desaparecer.

4. Entre otros impactos públicos, este tiempo fue, según el juez español Garzón, decisivo para impulsar los juicios internacionales que imperan en el cambio de siglos (Diario *Clarín*, 1997).

papel, los familiares me solicitaron pequeños cortes en trechos donde, por ejemplo, afloraban comentarios que podían afectar a terceros; o en cuestiones muy puntuales relativas a la vida familiar y especialmente cuando aparecían afirmaciones “positivas” sobre agentes de seguridad que los “habían ayudado” o les habían dado algún tipo de información. La alerta sobre malentendidos marcó esta fase de negociación. La gran preocupación de los entrevistados era la exteriorización de la “verdad histórica”. Por ello, sugerían la corrección de errores en fechas, nombres, acontecimientos mal relatados, etc. Estos detalles, secundarios para mí, eran de vital importancia, sobre todo para las mujeres pertenecientes a “Madres”.

Al mismo tiempo el trabajo de campo reveló otros aspectos sobre lo que podía decirse y lo que no, que situaban a los agentes y sus relatos en posiciones singulares. Así, pasé a jerarquizar el campo de los agentes que tensionan y estructuran el problema de los desaparecidos. Por un lado, el hecho de realizar entrevistas con personas de generaciones diferentes (abuelas, madres, cónyuges, hermanos, hijos), llevó a delinear los significados de la identificación generacional, como uno de los fundamentos productores de diferencias en las acciones y discursos. A modo de ejemplo, cuando la entrevista era con madres de desaparecidos, los testimonios se concentraban en la época de la dictadura y en los momentos posteriores al secuestro. Marcaban estos relatos una especie de “idealización del pasado”, no en términos políticos y sociales, sino en relación a la potencia de sus luchas, que se contrapone a una serie de desilusiones posteriores respecto a la organización general y conflictiva trayectoria de Madres de Plaza de Mayo. En relación a las entrevistas con personas que compartieron vivencias de “época” con los desaparecidos (esposas, hermanos, amigos), los testimonios se centraban en los años de militancia, en la mirada crítica sobre el pasado, en las pérdidas y en las tragedias de la dictadura.

Las entrevistas en el horizonte generacional de hijos de desaparecidos recaían en la fuerza creadora de un presente de participación y descubrimiento. Para ellos, la “identidad” es el gran tema que se teje en las preguntas sobre quiénes eran sus padres. Si también idealizan el pasado, lo hacen reforzando la creencia de que una generación como la de los padres “nunca más va a existir”. Por oposición a los miticos setenta, perciben los males del salvacionismo individual y anomia entre los “otros”, los jóvenes de los noventa, del “neoliberalismo”. Así, muchos de ellos encarnan los discursos humanitarios y transformadores de los setenta. A diferencia de los otros conjuntos generacionales entrevistados, el foco de sus relatos no iluminaba la búsqueda incesante de sus padres, sino el entender quiénes habían sido y qué motivó sus acciones políticas.

A partir de la progresiva visualización de las cuestiones o áreas profundas en las vidas de los familiares de desaparecidos, comencé a delinear los momentos y discontinuidades que marcaron la transformación de las vidas de aquellos individuos desde el golpe de Estado y el secuestro del familiar. Si bien sus vidas fueron impactadas por la temporalización del problema a nivel nacional, en los relatos sobre sus

experiencias para soportar y salir de la tragedia, se expresaba una dimensión colectiva e individual no reducible a los contextos generales.

Como se observa, además del recorte generacional, las narrativas y acciones de estos agentes están permeados por la lógica de los lazos primordiales,⁵ que funciona como medidor y estrategia simbólica para enfrentarse a los “otros” (victimarios, Estado, leyes, juicios o soluciones). Además, el uso de los lazos de sangre delimita jerarquías y legitimidades entre aquellos que deben ser incluidos dentro de la categoría de “familiar de desaparecido”. Dentro de ésta, no hay duda que –como revelaron los homenajes a los desaparecidos o los rituales del 24 de marzo estudiados por mí– madres/abuelas e hijos están en la cima de la jerarquía; luego hermanos/as y por último esposos/as. Por momentos en esta misma dinámica se incluye a los “compañeros” como en una familia “ampliada”, pero en una posición al margen, ya que ellos encarnan uno de los temas tabúes de todo este proceso.

En esta lógica de inclusiones y exclusiones, si todavía hay un grupo “poco legitimado” para hacer pública su palabra es aquel formado por los ex-presos políticos, aquellos que irónicamente estuvieron “más cerca” de los desaparecidos: primero por pertenecer a su generación y compartir valores y visiones de mundo de la época, segundo por vivir la experiencia del secuestro. Ellos cargan sobre sus espaldas el hecho de haber “sobrevivido”, estigma que moviliza ideas ambiguas sobre la “sueerte” o la sospecha del “por algo será”. Están vivos para relatar aquello de lo cual “es

5. En los caminos para marcar identidades, aquellos símbolos que aportan “sustancia común” pasan a constituirse como marcas altamente eficaces. Los lazos de sangre y las metáforas de parentesco son manipuladas como poderosos medios emotivos por parte de los diferentes grupos, como formas de asociación, o como marcadores de los límites inclusivos o excluyentes en el proceso de construcción de identidad y en la resolución de conflictos dentro de las fronteras nacionales. En el caso argentino, la figura de Madres de Plaza de Mayo, Abuelas de Plaza de Mayo, Familiares fue el inicio de la delimitación de fronteras entre quiénes eran y no eran “familia”, actualmente revitalizado por HIJOS (Hijos por la Identidad la Justicia contra el Olvido y el Silencio, organización que reúne a hijos de desaparecidos, asesinados, exiliados y presos políticos) y HERMANOS (que agrupa a los hermanos de niños apropiados). La idea de sustancia común es trabajada a partir de los conceptos de Geertz (1995) cuando plantea los lazos primordiales como “las igualdades de sangre, habla, costumbres, que se experimentan como vínculos inefables, vigorosos y obligatorios en sí mismos (...) La fuerza general de esos lazos primordiales y los tipos importantes de esos lazos varían según las personas, según las sociedades y según las épocas. Pero virtualmente para toda persona de toda sociedad y en casi toda época algunos apegos y adhesiones parecen deberse más a un sentido de afinidad natural –algunos dirían espiritual– que a la interacción social” (p. 222). Junto a esta idea asociamos la esbozada por Herzfeld (1993) cuando plantea que “el simbolismo de la sangre es una vasiya semántica vacía, capaz de ser llenada con una variedad de mensajes ideológicos” (p. 27). En todos los momentos de reactualización del conflicto por los desaparecidos, estas figuras sirven a los diferentes grupos como portadores de mensajes que, utilizados como un código, son “fáciles para interpretar” y eficaces en la construcción de las lealtades e identidades.

mejor no hablar": por un lado la lucha armada y la militancia de los setenta, por otro, las aberraciones de la tortura, la deshumanización de los centros clandestinos de detención, las respuestas individuales ante una situación límite. Este silencio comenzó a romperse con la entrada en escena de los hijos de desaparecidos quienes demandaban la exhumación y debate de las historias "censuradas" en el seno familiar, a aquéllos que compartieron los sueños e ideales de sus padres. A través de estos jóvenes se genera un espacio inédito para que los "compañeros" cuenten públicamente sus historias.⁶

Podemos dejar planteado un interrogante que distancia la experiencia argentina de violencia extrema con otras similares (holocausto, otras dictaduras, fundamentalismos, etc.). Las víctimas que tienen la "palabra" y por ende la "legitimidad" para hablar y expresar lo que pasó, no son los supervivientes de los campos de concentración, sino los familiares de los desaparecidos. Los supervivientes son "acusados" socialmente. Todo pasa como si todavía nadie, o muy pocos, estuvieran dispuestos a escucharlos. La pregunta que queda planteada es ¿por qué todavía no se han generado múltiples espacios sociales que legitimen esas voces? ¿qué peligros encubren?

Durante mucho tiempo para mantener el lugar de víctima era imprescindible silenciar cualquier tipo de militancia, alejar categorías políticas cargadas de significado como "terrorista" o "subversivo", para que, por oposición, se pudiera destacar que aquellos que desaparecieron eran altruistas, gente llena de "buenas intenciones", solidarios y soñadores. Borrar la historia militante, dejarla entre paréntesis, silenciarla o sólo enunciarla en canales privados fue el coste que tuvieron que pagar los "compañeros" para ser incluidos en las lógicas de clasificación, teñidas por el lenguaje de los lazos primordiales, así como el que tuvieron que pagar los afectados por el "problema de los desaparecidos" para que éste fuese reconocido como drama nacional. Las monedas políticas eficaces para hablar de él fueron inventadas a lo largo de los años por los "familiares" y su incesante experiencia, apoyados por una compleja serie de agentes sociales (periodistas, abogados, intelectuales, etc.) Sus usos y posibilidades hacia el futuro no tienen dueño, ni explican la forma de ser usados, pero pueden ser manipulados y readoptados por una variedad de públicos, más allá de que este drama político-nacional sea algún día resuelto u olvidado. Bajo estas líneas, esta investigación permite esbozar el arbitrario proceso de construcción de una realidad que busca ser reconocida como universal.

6. Otros momentos análogos fueron creados cuando se abrieron instancias judiciales, como por ejemplo, en el Juicio a las Juntas Militares en 1985 o los recién inaugurados Juicios por la Verdad. Allí los ex-detenidos son llamados a testimoniar contra sus victimarios o a contribuir con informaciones respecto al funcionamiento de los centros clandestinos de detención y a aportar datos sobre los desaparecidos. Este conjunto de condiciones se dan en planos diferentes y merecerían un análisis detallado en relación a las formas que las narrativas adquieren en cada espacio y en cada momento histórico.

BIBLIOGRAFÍA

- BOLTANSKI, L. *L'amour et la Justice comme compétences. Trois essais de sociologie de l'action*. Paris. Éditions Métailié. 1990.
- BOURDIEU, P. *A economia das trocas linguísticas*. São Paulo. Edusp. 1996.
- CATEIA, L. *No habrá flores en la tumba del pasado. Experiencias de reconstrucción del mundo en los familiares de desaparecidos de Argentina*. Tesis doctoral. Inédita. 1999.
- GEERTZ, C. *La interpretación de las culturas*. México, Gedisa. 1995.
- GUBER, R. "Antropólogos Nativos en Argentina. Análisis reflexivo de un incidente de campo", in *Revista de Antropología*. Volume 39-1. São Paulo. Universidade de São Paulo. 1996.
- HERZFELD, M. *The social production of indifference*. Chicago and London. The University of Chicago Press.
- POLLAK, M. "Memória, esquecimento e silêncio", in *Estudos Históricos*, 3, ps. 3-16. Fundação Getulio Vargas. Rio de Janeiro. 1989.
- ROBBEN, A. "Seduction and Persuasion. The politics of truth and emotion among victims and perpetrators of violence", in *Fieldwork under fire. Contemporary studies of violence and survival*. Edited by Nordstrom and Robben. Berkeley. University of California Press. 1995.